

DON JUAN CAVIEDES

FRAGMENTO DE UNOS ESTUDIOS SOBRE LA LITERATURA POÉTICA DEL PERÚ

....Y verás que en burlas nadie
con tal propiedad ha escrito.

Diente del Parnaso.

A olvido casi completo ha permanecido condenado hasta el día uno de los escritores más ingeniosos del Perú. La naturaleza de sus producciones debió darle gran popularidad en sus días; pero ni ésta ni el cuidado que tuvo de reunir esas producciones en un volúmen, del cual se han extraído varias copias, han sido medios eficaces para vencer las resistencias de la prensa ó las injurias del olvido. Del autor á que nos referimos, dos veces tan solo hallamos el nombre en caracteres de imprenta. La primera, en 1689, con motivo del certamen poético que la Universidad de San Marcos consagró al Virrey conde de la Monclova. La segunda, en 28 de Abril de 1791 (más de un siglo después) en las páginas bien intencionadas y eruditas del *Mercurio Peruano*. Este periódico, cuya colección es una rareza en el día, por sus tendencias y sus miras llama la atención de cuantos quieren estudiar los hechos americanos, y señala á la prensa periódica de nuestro continente una dirección que ha abandonado desde que Caldas, Unánue y Vieites cayeron rendidos en la lucha de la inteligencia y del patriotismo. Este periódico, decíamos (colocado por la mano misma de Humboldt en la biblioteca real de Berlín) se propuso resucitar el nombre de los ingenios que honran al Perú ó que

al menos dan idea de sus vicisitudes literarias, y al satisfacer este propósito consagró un ligero artículo á don Juan del Valle y Caviedes, que es el escritor á quien contraemos estos renglones.

Podemos decir que nada sabemos de su vida, aunque puede inferirse que ni fué feliz ni tampoco oscura. Tuvo una esposa, cuya muerte cantó con poca inspiración y conceptos alambicados. Fué dado á los placeres y á la holgura truhanesca al mismo tiempo que fervoroso devoto, como sucedía en los antiguos tiempos de España, en que las manchas de los apetitos más vivos de la naturaleza humana se lavaban con agua bendita, y las conciencias se tranquilizaban con la distraída bendición de un fraile. Sin embargo, y apesar de las liviandades de la pluma de Caviedes, le tenemos por un hombre honrado; y le haríamos nuestro amigo si viviese, recordando que Góngora y Quevedo, autores de composiciones cuya lectura prohíben los padres á sus hijas, fueron de severísimas costumbres, sacerdote el uno, y el otro facedor de milagros después de muerto, según el testimonio de un biógrafo, su contemporáneo. La época en que Caviedes se dió más á las musas, no era ni muy alegre para la capital del Perú ni para el poeta. Acabábase de sufrir el terremoto de 20 de octubre de 1867 que no debió ser muy terrible, áun teniendo en cuenta la exajeración con que él mismo lo describe en un romance:

no quedó templo que al suelo
no bajase, ni escultura
sagrada de quien no fueran
los techos violentas urnas.

La carestía de los objetos de primera necesidad era mucha, y la salud de nuestro poeta poquísima. Milagrosamente escapó á una gravísima enfermedad, durante la cual tuvo ocasión de conocer á todos los médicos de nombradía entónces, cojiéndoles una ojeriza á la que únicamente deben el que sus nombres se conserven hasta ahora. Las invectivas que les dirige son calificadas, con razón, por los editores del *Mercurio Peruano*, como las más graciosas que se han escrito contra los médicos, á quienes llama *tumba con golilla y veneno con guantes*, haciendo á cada momento un cuadro bien triste de la ignorancia de los que profesaban la medicina en esta ciudad. Es verdad que todavía no habían nacido en el Perú ni don José Manuel de Dávalos, que reveló á la Universidad de Montpellier las enfermedades de Lima

y la terapéutica para ellas adoptada; ni don Hipólito Unánue, autor de una de las obras más orijinales y científicas que se conocen en la lengua española sobre la influencia de los climas en la organización animal; ni don José Manuel Valdés socio de la Academia de Medicina de Madrid, proto-médico de Lima y notable poeta; ni otros muchos, no menos célebres, que omitimos por no ser prolijos. Al contrario, ya por atraso general de los estudios en España, ya por el imperdonable abandono en que estaba cuanto tenía relación con el bien real de las colonias, el estado de la medicina práctica en el Perú era lamentable en la época que duró el gobierno de Linan y Cisneros, desde 1678 hasta 1681, si es que hemos de dar crédito á la *Relación* que éste hizo á su sucesor duque de la Palata. — «Las cátedras de Prima «y Vísperas de Medicina de esta Universidad, le decía, se hallan «en miserable estado, siendo tan necesarias, no habiendo quien las «rejente, porque ha muchos años que falta la renta que se les si- «tuó en el Estanco del solimán; y aunque á la cátedra de Prima «está anexo el Protomedicato, por carta de 15 de febrero de 1860 «tengo informado á Su Magestad cuan necesarias son estas cá- «tedras por la falta de médicos que padece este reino, y todavía «no he tenido respuesta.»

En vista de este documento, por el cual se deduce que la enseñanza de la medicina estaba abandonada, desiertas las aulas y sordo el monarca que, á tres mil leguas de distancia, debía acudir á las necesidades de la sociedad americana, no es extraño que la salud de la numerosa población del Perú estuviese á merced de la ignorancia graduada y del empirismo atrevido. En este caso los epigramas é inventivas de Caviedes se dirijían á los malos médicos y no á los buenos á quienes, según la expresión de Cervantes, debemos levantar en triunfo y en agradecimiento sobre nuestras cabezas. Muchos agudísimos ingenios se han cebado en los médicos y en la medicina; pero así que esta ciencia ha ido cobrando dignidad, las sátiras contra ella han comenzado á ser de mal gusto; y si Molière viviera en nuestros días no escribiría, por cierto, su *Médico por fuerza*; pues ahora no tendría que corregir el pedantismo grotesco de los físicos de su época, pedantismo que redundaba en desdoro de la medicina y de sus profesores.

Caviedes no tenía convicciones adquiridas en el estudio contra las incertidumbres de la ciencia de la salud. Sabía, por espe-

riencia, que los discípulos de Hipócrates cuando se equivocan matan; y el instinto de la conservación y el amor á la vida, le pusieron terribles armas en la mano contra los que, en concepto suyo, le habían colocado una vez á la puerta del sepulcro. Su venganza fué cruel. La ojeriza hizo para con él oficio de Musa, y no puede negarse que, en muchas de sus composiciones, es un verdadero inspirado.

A fé, que es prueba de ingenio encontrar, en las perfecciones de una dama, ocasión para hacer contra los médicos una sátira amarga.

Lisi, mi achaque es amor;
y pues busca en tí remedios
y cual médico me matas,
hoy te he de pintar con ellos.

Con la cabellera de ébano, mata como *Bermejo*; con el arco de sus cejas despide muertes, como el arqueado *Liseras*, que padece la deformidad atribuída á Esopo; y así sigue comparando con un empírico cada facción de la bella.

Inquieto el país con la presencia de los piratas en el mar, se discurría si sería más acertado armar navíos de guerra ó amurar la capital y prevenirse para su defensa. Caviedes supone con este motivo que la Muerte se dirija al virrey aconsejándole que embarque á todos los boticarios, médicos y curanderos, y los mande contra el enemigo. De esta suerte, dice:

Los que mataban en Lima
quedarán ya castigados,
España con la victoria
y la Hacienda Real sin gasto.

En otra de sus composiciones supone un coloquio que tuvo con la Muerte un médico enfermo de riesgo. Las preces del doliente están llenas de amor y compunción. Copiaremos una de las décimas en que están escritas.

Muerte! Si los labradores
dejan siempre que labrar
¿como quieres agotar
la semilla de doctores?
Frutos te damos mayores,
pues, con purgas y con untos,
damos á tu hoz asuntos

344

para que llenes los trojes,
y por cada doctor cojes
diez fanegas de difuntos.

El libro de Caviedes contiene una revista completa de los médicos de su tiempo, y áun de las curanderas. Figura personal, método curativo, propensiones del carácter, cuanto puede completar una biografía, se halla envuelto en agudezas, en los versos epigramáticos del poeta. Llevaban los doctores de entonces, según el mismo, golilla al cuello, guantes, vestido de bayeta negra, barba en la parte inferior del rostro, y algunos su correspondiente pera de añadidura. Algunos llegaron á ceñir espada, como *Liseras* y *Yañez*, pagando este último un poco caro el antojo, pues cayó inmediatamente bajo la pluma del atalaya y puntual cronista de las obras de los médicos sus contemporáneos.

Si armas traes para ofender
tus enemigos, te engañas;
pues sanará dando heridas
quien dando bebidas mata.

Hagamos desfilas á algunos de los doctores cuyos nombres son con más frecuencia el blanco de los tiros del escritor. *Ramírez*, es un verdadero fraile de novela:—bajo de cuerpo, ancho, robusto de espaldas, hinchado de vientre y de palabras, y glotón como su retrato lo indica. El vulgo le cree pozo de ciencia, no porque en realidad la posea, sino

por que es gordo y trae anteojos.

Bermejo es un doctor elegante, delgado de cuerpo, airoso de porte. Es un *Adonis matador*, aficionado á helados y sorbetes, favorito de las damas, y el médico á la moda entre ellas. *Esplana*, es el médico de los párvulos y la esperanza de las madres en las indigestiones de sus primogénitos;

cura á los niños chiquitos,
y en esto tiene tal fama
que, en la física, se llama
Herodes de los ahitos.

Romero es un favorito caído, que gozó de gran celebridad mientras fué médico de un Virrey,

que un Virrey también dá ciencia.

345

Barco, empleado en palacio, gozaba de la clientela de todos los pretendientes y aduladores. Es el más buscado y el mejor remunerado entre todos sus compañeros. Pero no por esto se escapó á la mordacidad de Caviedes, que jugando ingeniosamente con el significado del apellido dice, á propósito de aquel médico,

quién con médico se embarca
se ha de embarcar con la vela
de bien morir, crucifijo,
mortaja y limpia conciencia.

Antonio García, flaco de cuerpo y enjuto de rostro, era enemigo declarado del agua, al contrario de *Llanos*, verdadero hdropático que hasta las tercianas curaba con nieve y orchatas. *Liseras* es el peor tratado de estos mártires. Es un corcobado á quien no deja vivir Caviedes, á quien espía á todos momentos. Si cambia de vestido ó si se casa, ahí está la incansable musa satirizándole y amargándole sus placeres y sus inocentes vanidades. Tanto le punzó y atenaceó que la indignación le hizo hacer versos; pero no como los de Juvenal, por su desgracia. Fué este nuevo motivo para que Caviedes acabase de despedazarle. Cuando hace el retrato del doctor corcobado, le llama *melón de capa y espada, más doblado que capa de pobre cuando nueva y*

más torcido que una ley
cuando no quieren que sirva.

Esta reseña de los médicos es mucho más larga y minuciosa en el manuscrito de Caviedes, y sería necesario reproducirlo por entero para dar idea completa de la abundancia de su vena cuando se lanza implacable contra aquellos empíricos.

A fines de 1792 existía, reparándose una enfermedad de tres meses en la convalecencia belethmítica de Lima, el autor de un libro que ha tenido muchas ediciones en América y Europa, titulado *Lima por dentro y fuera*. El autor fué don Estéban de Terralla, español, hombre de letras y de vasta erudición, como se colige de su defensa del *Bosquejador general* que publicó en el *Diario de Lima*. Pero, apesar de estas dotes y de su pujo satírico, quedó muy atrás de Caviedes; pues éste, cuando critica las costumbres, acierta á dar á sus cuadros un color natural que no tienen los de aquel. *Lima por dentro y fuera*, tanto pudiera ser la descripción de Sevilla ó de México como de la capital de los Re-

yes, pues no contiene sino generalidades; y cuando más prueba que la vida oscura del autor y su inclinación á conquistas fáciles, le habían puesto en el caso de maldecir de las Láis de los portales, cuyos recuerdos debieron serle dolorosos desde los austeros claustros del hospital belemnítico. Hay más: en los versos de Caviedes trasciende á veces la rectitud de miras y el amor á lo bueno, como puede verse en este satírico cuadro de un vicio que todavía anda á la moda en el mundo de los católicos.

Quien trate de finjirse virtuoso,
que es ejercicio grave y fructuoso,
póngase gran sombrero y zapatones,
aunque otra cosa digan sus calzones.

Procure conocer la gente rica,
que estos son la botica
donde el récipe está de su remedio,
y adúlelos sin escusarse medio.

De esta suerte tendrá capellanías,
legados que le dejen, y obras pías.

Ancho el cuello traerá con un rosario
que parezca, en las cruces, un calvario.

Un denario en la mano de continuo
de unas cuentas tan grandes que el vecino,
cuando él pase, las oiga y sea testigo
de que diciendo va — ¡Jesús sea conmigo!

Si es mujer la que de esas cosas trata,
con lo preciso, vístase de beata;
su rosario en el cuello muy cumplido,
con medallas de azofar guarnecido,
que unas con otras vayan rezongando
y á todos avisando

que, por la calle abajo, vá la santa,
la que en virtud á todas se adelanta,
resonando cencerros, por memoria
de que es mula de recua de la gloria.

Si alguna cosa la es encomendada
de la otra vida, diga desmayada,
arrojando un suspiro muy profundo—

¡A mí que la más mala soy del mundo!—
Y dirá una verdad sin preguntarla,
que merece de cierto encorzarla.

¡Qué difíciles de corregir son los vicios que brotan en el campo de la religión mal entendida! Cuando tenía por delante Ca-

viedes el original de los retratos que acabamos de copiar, se consagraban cien mil pesos á reedificar las cárceles de la Inquisición, y estaban todavía calientes las cenizas de más de una bruja.

Los *consejos á una dama* son también de reproducirse como pintura de la coquetería de nuestras *pinganillas* de ahora doscientos años:

Mucha tierra no salves con tus pasos;
dalos cortos y escasos,
que largos son de mula de camino;
y estas damas no valen un comino
y á todos causan risa.

Anda tú, menudito, muy á prisa,
con hipócrita pie martirizado,
pues siendo pecador ande ajustado.

Usarás al andar muchas corbetas,
meneos y gambetas,
que es destreza en la dama que se estima
imitar las posturas de la esgrima;
y aunque tengas la boca como espuerta,
frúncela por un lado, un poco tuerta,
haciendo un hociquito
de arcángel trompetero, tan chiquito
que parezca una boca melisendra
que no quepa por ella ni una almendra.

El ejemplo de los editores españoles de las obras de Góngora y Quevedo nos permitiría reproducir otras sátiras de Caviedes, tanto sobre vicios generales como sobre defectos de determinadas personas: pero no queremos arrostrar la responsabilidad de hacer trovar á un tiempo el rubor y la risa, imposible de contener, con las felices ocurrencias del mordaz limeño.

Ponderando la ancianidad de una persona (y adviértase que era un amigo á quien cumplimentaba) comete las siguientes hipócritas, en las cuales no sólo hay imaginación sino lujo de esta facultad que, según Unánue, ha tocado *en herencia á los que nacen en este nuevo mundo*.

Al gallo de la Pasión
lo conocisteis en huevo,
catorce ó quince años antes
que le cantase á san Pedro.
Noé os negó por hijo,
y tuvisteis con él pleito